

Queridos hermanos y hermanas:

Sentimos el vacío. Tal vez más hondo según pasan los días. No veremos ya su figura tantas veces pegada a nuestra retina. Cuántas horas viendo su imagen en la televisión viajando, rezando, asomado a la ventana, celebrando la Eucaristía, besando el suelo, acariciando a los niños, a los enfermos. El hombre sin duda más fotografiado. Su figura atlética de los primeros años. Su rostro marcado de dolor y su caminar pesado, titubeante, encorvado, esforzándose. Su mirada. Sus manos.

El vacío de su voz. Una voz que ha hablado en tantos idiomas. Voz fuerte, vibrante, cercana. Voz que bien conocen los jóvenes, la conocen los enfermos y ancianos, los obreros. La han reconocido los judíos y los mahometanos. Voz del mundo. Al final el Señor le pidió el sacrificio de su voz. Debió ser muy doloroso: a un hombre comunicador, Dios le pidió la voz. Y dio la talla.

Empiezo por esta confesión, pero no es la más profunda, ni es la que sobresale en mi interior. Cuando conocí la gravedad de su salud, me vino espontáneamente al corazón la necesidad de dar gracias a Dios por su vida. Lo he repetido en muchas ocasiones. Muchos lo han llamado “un regalo de Dios”, para la Iglesia, sin duda, pero también para la humanidad. Estamos celebrando la Eucaristía. Nuestra Comunidad Diocesana, en la Iglesia Catedral, da gracias sinceras a Dios por la vida y la persona de Juan Pablo II. Es justo y es necesario. Es nuestro deber. Lo hacemos por su entrega, por su palabra y su magisterio, por el testimonio coherente de su vida. Con Jesucristo, el Señor, que lo eligió y acompañó, damos gracias a Dios levantando hacia Él nuestros corazones.

Nuestra acción de gracias es también al Santo Padre. Y lo hacemos de la manera más abundante y eficaz: orando al Señor por él. Esto nos convoca esta tarde. Al decirle gracias al Papa, le decimos a la vez: “*Enhorabuena*”. Felicidades. Has llegado con éxito a la meta. Has cruzado con fuerza el umbral de la esperanza. Ya no esperas.

Muchas veces te aplaudimos en tu vida entre nosotros. Hoy el aplauso es más sonoro. Tuviste que escucharlo aquella tarde de tu partida en la Plaza de S. Pedro y en el mundo, un aplauso con lágrimas. Descansa. Descansa ya, en la paz de Cristo, a quien quisiste, de quien no te cansaste de hablar. Nos dicen que moriste diciendo: Amén. Como Jesús en la Cruz: “*Está cumplido*”.

Queridos hermanos y hermanas:

Me siento cercano a vuestros sentimientos y a vuestra oración. Y no sólo esto. Sino que nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante, desde la Iglesia Catedral, se une a la Iglesia Universal, extendida por toda la tierra.

Es hora de recoger su mensaje y su testimonio. Es hora de comprometernos a seguir su camino. Nos parece corto cualquier homenaje al Papa Juan Pablo II. Entiendo, sin embargo, que el mejor homenaje, junto con la oración, es acoger su herencia y hacerla realidad, que su vida y su enseñanza no se pierda.

En estos días me vienen a la memoria las palabras de Jesús, que Él quiso referir también a sí mismo. Decía Jesús que “a las personas, como a los naranjos y limoneros de la Vega Baja, se les conoce por los frutos”.

Veintiséis años de una densidad extraordinaria. Ya se ha hecho la cuenta: 104 viajes internacionales y más de 140 visitas en Italia. Ha visitado 132 países. Y ha recorrido 1.250.000 kms. En Méjico fue saludado por más de diez millones de personas. Por más de cuatro en Manila. La Editorial Vaticana, sin contar con los más recientes, ha publicado más de 50 tomos de las enseñanzas del Papa. 15 Sínodos ha presidido. Ha canonizado a 482 santos y ha proclamado 1.338 beatos. Todo un record. Las catequesis y audiencias de cada miércoles.

Por sus obras los conoceréis. Pero no son éstas, iba a decir, sus mejores obras. “De la abundancia del corazón habla la boca”, decía también Jesús.

Por eso quiero referirme a su corazón. Había en Juan Pablo II un hombre. Sus comienzos fueron duros. Sus manos conocieron los callos como obrero de canteras en su tierra. Conoció la represión del nazismo y del marxismo. Fue hombre en su fortaleza y fue hombre en su debilidad, que no nos ocultó. ¡Qué gran hombre!

Un hombre con espíritu culto, poeta, actor, filósofo, investigador. Muy amigo de los jóvenes. Pero amigo también de los ancianos, muy amigo de las familias, y de los presos, de los pobres. ¿De quién no era amigo? Un símbolo era su ventana abierta, abierta al mundo.

El secreto de este gran hombre, en lo que yo puedo percibir, era su fe. Juan Pablo II era un creyente. Creyente en Jesús. Fue un orante y un místico. “Amén” su última palabra. Y ésta es palabra de creyente.

Le gustaba llamar a Jesús “Redentor”. En este nombre unía sus dos amores más fuertes. El amor a Cristo y el amor al hombre. Porque Cristo fue el Redentor del hombre, el que consiguió para el hombre su liberación y su libertad. Como Cristo Redentor, el Papa Juan Pablo II se pasó la vida amando a los hombres, defendiendo su libertad y su dignidad, con todas sus fuerzas y sin claudicaciones o chantajes. Por el hombre arrojó también la crítica, a veces muy dura.

Estas son algunas de las obras de Juan Pablo II. Fue el Papa de la paz, el Papa cercano. Pero sobre todo era pastor. Era sacerdote. Amó con pasión a la Iglesia. El ser Papa le llevaba a empujar a la Iglesia por la corriente del Concilio Vaticano II y ofreció el diálogo de la Iglesia con el mundo, con el mundo en sus situaciones más duras, con el mundo de la cultura actual, al diálogo con otras religiones, que hoy reconocen su esfuerzo y le manifiestan su aprecio y estima.

Por eso dejó claro a la Iglesia que el camino hacia Dios tiene como dirección obligatoria el hombre y, por eso mismo, el camino hacia la Iglesia es siempre el hombre. Es la Iglesia samaritana, que tanto nos dice en la Diócesis.

He de acabar, no porque haya dicho gran cosa de los frutos del Papa.

Pero para nosotros y en este año de la Inmaculada he de recordar otra fuerza que hacía bombear su incansable corazón. Es el amor a María. Ahí queda grabado en su escudo papal. Una gran M, que es la letra de María. Y un lema: “Totus tuus”. De Ella hablaba siempre. Y la llamó “Madre del Redentor”.

Nos ha dejado el Papa. Nos ha dejado una extraordinaria herencia. Nos ha invitado a esperar. Por los caminos del mundo ha anunciado el Evangelio de la vida y el Evangelio del amor y de la esperanza. Esperar en Cristo “No tengáis miedo” empezó diciendo el 16 de octubre de 1978.

Su muerte serena nos acerca también a Cristo. Cristo que es ayer, hoy y para siempre. Estad alegres, nos dijo. Yo me siento feliz.

Al Papa, como he repetido estos días, desde nuestra Iglesia Diocesana le decimos que descansa en la Paz de Jesús Resucitado. Sentimos su hueco y lo sentiremos. Pero nos sale decirle: Felicidades. Enhorabuena. Vuelves al Señor cantando, llevando abundantes gavillas en tus brazos. Recuerda a la Iglesia, que Jesús, Buen Pastor, te confió. Y recuerda a esta Iglesia de Orihuela-Alicante.